



JUAN B. CHANEZ.

JUAN B. CHANEZ.

HAY individuos que nacieron para el servicio de las armas, como hay otros predestinados para el sacerdocio; aquellos defienden la causa de la patria y están siempre dispuestos á arriesgar su vida cuando el deber les llame como hombres y como ciudadanos. Los que ejercen el augusto ministerio, los que fomentan la creencia del espíritu, tienen una semejanza casi idéntica con los hombres de armas: ambos luchan, defienden y sancionan garantías para el ciudadano y bienestar para la sociedad.

El personaje de que nos ocupamos, ese soldado que está llamado á prestar sus servicios personales cuando la patria exige la cooperación de sus hijos, ya ofreciendo sus pechos como noble baluarte de las libertades y el derecho, ya alternando en esas luchas fratricidas, en las continuas revoluciones que se agitan, en las épocas de preponderancia para México, para determinar la paz inalterable que hoy disfruta.

Y ¿quién dijera que aquel espíritu que reencarnara el 24 de Junio de 1852, en la que por muchos títulos ha merecido el título de heroica, la Ciudad de Puebla de Zaragoza, teatro augusto donde se desarrollaron para México

las escenas más gloriosas de su Historia, los rudos combates de 1862, cuya memoria guardan como mudos testigos los cerros de "Loreto y Guadalupe;" quién creyera que aquel niño llegara á ser más tarde uno de los buenos mexicanos que opusiera á la intervención la fuerza bendita que da la independencia?

D. Manuel Chanez, el honrado artesano que á costa de trabajo apenas podía subvenir á las necesidades de su familia, con lo que le producía su modesto taller de sastrería; y Doña María Ana Martínez, la mujer virtuosa y caritativa, que veía en cada sér á un hermano y estaba siempre dispuesta á sacrificarse en bien de sus semejantes, fueron los encargados de formar el corazón de aquel niño para que germinaran en él los sentimientos más grandiosos de que ha dado irrecusable prueba en las distintas épocas de su vida pública y privada.

En efecto, en 1865, cuando recibía en el "Combiterio Angelopolitano," de la Ciudad de los Angeles, los primeros rudimentos de instrucción, sus compañeros admiraban en él, no el talento que declina poco á poco á medida que más se adelanta en la ciencia, sino el talento y las virtudes que había heredado de sus padres. Así fué como se granjeó la estimación del Presbítero D. Simón Esteves, Director de ese establecimiento, y como tuvo siempre buenos amigos de la niñez con quien impartir más tarde sus goces y sus amarguras.

Ya lo hemos dicho, nuestro biografiado estaba llamado por sus inclinaciones á prestar un valioso contingente en las filas de nuestro ejército; así es que en 1866, tomando rumbo al Estado de Oaxaca, se incorporó en el camino de Tepeji de las Sedas á San Juan de Yxcaquitzla, al escua-

dron "Lanceros de Puebla," que mandaba el Teniente coronel Márcos Bravo, quien le dió de alta como soldado de la 1.^ª Compañía.

El acto memorable que tan tristes recuerdos ha dejado para México, y que la historia guarda en sus anales como un timbre de gloria, el ataque dado á los Austriacos en las Carboneras, siendo Gefe de la División de operaciones el Sr. General Porfirio Díaz, tuvo como uno de tantos leales soldados al jóven Chanez, quien en la misma División y en la propia Compañía, ya con el grado de Sargento 2.^º concurrió al acto de Puebla en 1867.

El valor que había desplegado en las anteriores campañas, su buena conducta y los conocimientos teóricos y prácticos que había adquirido en la carrera de las armas, le valieron el ascenso de Subteniente en 1870, y el de Teniente al siguiente año, cuyos grados le fueron concedidos por el benemérito de las Américas, á la sazón Presidente de la República, D. Benito Juárez.

Iniciada la revolución del plan de la Noria por el Sr. Gral. Porfirio Díaz, quien siempre ha buscado en los azares de la guerra la felicidad y la paz para los futuros destinos de la República, el Sr. Chanez se pronunció en Matamoros Izúcar con el Sr. Coronel D. Trinidad Campuzano, pasando al Estado Mayor del Sr. General Márquez é incorporándose al Sr. General Díaz en Guajuápan de León en el momento en que se efectuaba la solemne jura de bandera para aquella memorable revolución.

En el movimiento que se hizo para machar para Tehuacan de las Granadas y de regreso á Guajuápan, hubo un encuentro en Goajolotitlán, con las fuerzas del Gral. Alatorre, que perseguían á los pronunciados, recorriendo Ma-

tamosos Izúcar, Juanacate y Chalco, y á las inmediaciones de San Agustín Tlaxeo se encontraron al batallón de Nacionales de Tlaxcala á las órdenes del Teniente Coronel Fierro.

El combate que se trabó no puede describirse; aquella lucha de los hombres que se batían por convicción y de los que se defendían por instinto, fué digna de las hazañas napoleónicas, donde cada individuo vencía y era vencido con la satisfacción del deber llenado.

La victoria estuvo de parte de los pronunciados; con los prisioneros organizó el Sr. General Porfirio Díaz un batallón que confió á las órdenes del Sr. Coronel Porfirio Valderrain, á cuyo cuerpo pasó el Sr. Chanez á prestar sus servicios, marchando para Xochapulco de la Sierra de Puebla con las fuerzas que mandaba el Sr. General D. Juan N. Méndez, yendo á refozarse á Papantla, donde el mismo General organizó una columna de 500 hombres á las órdenes del Sr. General D. Hermenegildo Carrillo, para que fuera á tomar á San Andrés Chalchicomula.

En dicha plaza la suerte fué contraria para los luchadores infatigables, que solo buscaban en el triunfo el establecimiento de un buen gobierno para bien de la Patria. La derrota cayó sobre ellos, y aquellos hombres que tantos hechos de armas habían conquistado en su empresa, se vieron rechazados por las fuerzas que guarneceían aquel punto.

Las continuas luchas, las decepciones de la guerra y todo ese cúmulo de contrariedades para el hombre de corazón que sostiene una causa justa, menoscabaron la salud del Sr. Chanez, quien vió terminar la revolución con la muerte del Sr. Juárez en el Hospital de Teziutlán.

Llegó la época imperecedera de las nuevas y últimas lu-

chas: el período más feliz de las contiendas fratricidas, el que viniera á coronar con sus grandes hechos los perdidos afanes, los infructuosos esfuerzos para lograr la redención del pueblo mexicano.

El plan de Tuxtepec, como la aurora bendita de las libertades cívicas y de la realización de los bellos ideales que de tiempo atrás venían persiguiendo los hombres del porvenir, surgió para la patria con sus inapreciables resplandores.

Allí estaba el puesto del valiente soldado, del que en más de una vez, al lado de sus compañeros en el combate, prometía morir legando á la nación gobernantes dignos que la hicieran feliz.

Allí se vió al Sr. Chanez empuñando las armas bajo la bandera que tremolaba el invicto General Porfirio Díaz en Teziutlán, á las órdenes del Sr. Coronel Miguel Melgarejo, concurrendo al ataque contra las fuerzas del Sr. General Alatorre en la Hacienda de Tecocac.

El triunfo estaba conseguido; los últimos torrentes de sangre mexicana regaban por la postrera vez sus fértiles campos como el bautismo de redención para el país tantas veces agitado por las contiendas políticas.

Instalado el Gobierno pacificador, el Sr. Chanez pasó á prestar sus servicios en la 1.^a División que mandaba el Sr. General Francisco Tolentino, marchando con el cuerpo de ejército á Jalisco y de allí á Mazatlán, de donde fué con 25 hombres al vapor nacional "Demócrata," que se dió á la vela con rumbo á Acapulco, á cuyo punto fué enviado para sostener el castillo de San Diego, permaneciendo allí, hasta que fué reconocido el Gobierno del Sr. General Porfirio Díaz.

Habiéndose pronunciado la Sierra de Alica, marchó para ella y permaneció también, hasta su completa pacificación, á las órdenes del Sr. General Manuel Gonzalez.

En 1883 fué mandado de destacamento con 25 hombres á Santiago Ixcuintla, territorio de Tepic, y con esa fuerza reedificó la casa consistorial, empedró y abrió algunas calles, ayudando á levantar el camposanto, por lo que el comercio de aquella villa le otorgó un certificado honorífico en recompensa de sus servicios.

Sus años de servicio, y los méritos que habia alcanzado, le valieron en 1885 quedar en receso, siendo nombrado por el General Leopoldo Romano, Comandante militar de Tepic. Subprefecto Político en Tuxpam.

Durante el tiempo de su permanencia en ese pueblo hizo construir dos edificios para escuelas de ambos sexos, reedificó la casa consistorial, mejoró el alumbrado, estableció la plaza del mercado y llevó la luz de la ilustración, estableciendo una lógia masónica con el nombre de "Progresos," bajo los auspicios de la Gran Logia del Estado de Veracruz, donde lo eligieron hermano "Venerable."

Volvió al ejército en 1887, concurriendo á la pacificación hasta la aprehensión del bandido Heraclio Bernal.

Se le volvió á conceder receso en 1888 y fué nombrado por el Sr. Gobernador Simon Sarlat, Jefe Político de la Villa de Comalcalco, Estado de Tabasco, implantando las mejoras siguientes:

Enverjado de la glorieta, la nivelación de las calles, el aumento del alumbrado, el plano de la Municipalidad, la canalización, uniendo la laguna con el rio. Una casa en donde está la cárcel para hombres y mujeres, un salón para escuela y otro para el Ayuntamiento, y el vivac de po-

licia, todo el mobiliario de la Jefatura, el establecimiento del Hospital civil, en construcción el camposanto, y la plaza del mercado. Y estableció la "Sociedad Unión Fraternal," eligiéndole sus miembros, Presidente.

Los hombres que han prestado eminentes servicios á la patria, ya en los campos de batalla donde se decidían sus futuros destinos, ya en el bufete del gobernante de donde surgen las leyes, las mejoras materiales y en una palabra, ese impulso dado á todos los elementos de riqueza y desarrollo para un factor del vasto continente mexicano, es digno por todos conceptos de grabar su nombre en las páginas de una biografía para legarlo á la posteridad, quien haciendo justicia sabrá apreciar los méritos del hombre que ha tenido por norma el bien de los demas, sacrificando el suyo propio.